



Mounier, lector de Péguy¹

Charles Coutel²

Traducción y notas de Juan Carlos Vila³

1 Publicado bajo el título Mounier et l'hospitalité de Péguy en el n° 137 de L'Amitié Charles Péguy, ene-mar 2012.

2 Doctor en Filosofía, profesor y vicepresidente del Consejo Rector de la Université d'Artois (Francia), y director del IEFER, Instituto de Estudios del Hecho Religioso.

3 Doctorando en Filosofía y colaborador de Persona, ha publicado una biografía y varios artículos sobre Péguy, así como la traducción de algunas obras de Mounier. Ver más en nuestro link de Autores.

Dos citas de Mounier acompañan nuestra propuesta:

Dependía de algunos de nosotros que la esperanza de Péguy no desaparezca en el mundo. En ello hemos puesto lo mejor de nosotros mismos, como corresponde al cuidado de una amistad¹.

Es como si mi Persona fuera un centro invisible, donde todo está conectado, bien o mal, se manifiesta por signos, como un anfitrión secreto, a través de los más mínimos hechos y gestos de mi vida, que no puede caer directamente bajo la mirada de mi conciencia².

Y nuestra propuesta tiene tres momentos.

Inicialmente, vamos a proponer algunos puntos de vista que conducirán a la hipótesis de trabajo. En un segundo paso, mostraremos cómo en su texto de 1931, El Pensamiento de Charles Péguy, Mounier se convierte, para el resto de su vida, en el anfitrión de Péguy. Pero esta filosofía de la hospitalidad peguiana, amplificada aún más por la lectura de Landsberg y San Agustín, no siempre aparece en las biografías dedicadas a Mounier, a excepción de la de Jean-François Petit. Por último, un tercer momento, en el que vamos a terminar releendo las últimas páginas del texto de 1931 donde Mounier se hace parte de una teología y una filosofía de la esperanza con Péguy.

1 Mounier, E.: *Avant-Propos du texte sur la Pensée de Charles Péguy*. Ed. Plon, Paris 1931, p. VIII.

2 Mounier, E.: *Refaire la Renaissance*. Ed. Seuil, Paris, p.84

1. Algunas nuevas perspectivas y una hipótesis de trabajo

En 1928, procedente de Grenoble, y formado por el filósofo Jacques Chevalier, Mounier está programado, de alguna manera, para pasar, tomando prestada una fórmula de Jean Guitton, de un Jacques al otro y busca refugio bajo el ala de Jacques Maritain. Jacques Chevalier veía en este joven y brillante sujeto un futuro filósofo al servicio del apostolado católico. Pero la lectura de la obra de Péguy decidirá otra vía. Deprimido por la muerte de un amigo cercano y cambiando de un director de tesis a otro, Mounier desespera y se impacienta. Sus intentos de presentar un tema de tesis sobre la mística y, especialmente, la mística española son infructuosos.

En una carta del 1 de abril de 1941 a Jérôme Martinaggi, Mounier se confía:

"[Así que] Péguy intervino. Fue durante las vacaciones de Navidad de 1928-29. Recuerdo que puse todos mis sentidos en su obra en prosa. [...] Cristalizó toda la parte extra-universitaria de mi vida, y además, dio aliento a la parte universitaria"³.

En noviembre de 1929, Marcel Péguy ofrece a Mounier una colaboración en su obra colectiva donde debería haber escrito el futuro cardenal Daniélou, llamado a su formación eclesiástica con los jesuitas. El libro debía aparecer en Plon, en la colección Le Roseau d'Or y sería incluido también en las Obras Completas. El proyecto moviliza a Mounier, quien devora la obra de

3 Carta a Jérôme Martinaggi, 1º de abril de 1941, Biblioteca de L'Amitié Emmanuel Mounier.

Péguy. Trabaja con Maritain, que conocía bien al autor. Se fascina con Juana de Arco y visita a la madre de Péguy: ¿Quiere sentirse de alguna manera como de la familia?

El 23 de marzo de 1930, Mounier envía el manuscrito a Maritain para su revisión. Maritain comenta:

“Tu parte es ahora excelente. [...] He visto mucho mejor con esta segunda lectura todo el bien que tu libro puede hacer, además de su interés histórico. En realidad hay una riquísima sustancia espiritual en tu Péguy”⁴.

Sin embargo, es como si la sentencia de Maritain hubiera sido parcialmente olvidada por los comentaristas de Mounier. Ciertamente, el libro fue muy pronto un éxito. Saludado por Blondel y elogiado por Bergson, quien escribió: “Nadie ha entendido mejor que Mounier a Péguy”. Este texto de Mounier llena un vacío; faltaba, en realidad, una síntesis propiamente filosófica de la unidad del pensamiento de Péguy. También era ésta la intención explícita de Mounier quien pretendía escribir “la suma de un pensamiento, y no la historia de una vida”⁵.

Mounier parece haber pasado página, aunque entre noviembre de 1930 y julio de 1931 publicará algunos artículos y pronunciará una conferencia en la radio con el tema Péguy⁶. Durante años Mounier no vuelve a hablar de Péguy, excepto durante la Segunda Guerra Mundial, para protestar enérgicamente contra la manipulación que Pétain hace del poeta.

Pero también nos desconcierta la correspondencia de 1941, cuando Mounier mira hacia los años 1928-1930 con una mirada más histórica que teológica, refiriéndose a la crisis editorial experimentada en su época, lamentando la falta de creatividad de la NRF y Mercure. Ironiza: “pianistas de 25 años, carecían de piano”. A esta constatación se le añade la toma de conciencia de la crisis por parte de un cristianismo que pacta con el ‘desorden establecido’, y el que nadie viera venir esta verdadera “crisis de civilización”⁷. La relectura del texto de 1931 en el año 1941 parece sólo histórica, incluso geopolítica. Sin embargo, estos análisis de 1941 ocultaron en parte la

opinión de Jacques Maritain, y contribuyeron a imponer una lectura psico-sociológica del texto de 1931, dando lugar a la idea de que se trata de una filosofía de la acción como compromiso con la ciudad: y de hecho, esto se encuentra en Péguy.

Según la leyenda, no habría habido un verdadero encuentro con Péguy, quedando reducido éste a la figura de un Sócrates bergsonianos habiendo favorecido la mayéutica de sí mismo en Mounier. Después de 1931, se pasa la página peguiana. Este enfoque reduccionista se consolida con un texto de Gerard Lurol que equipara Mounier a Péguy, y Péguy a Bergson, y donde Les Cahiers de la Quinzaine ‘prefiguraron’ Esprit. Se ha producido un proceso doblemente hagiográfico: se congela a Péguy y a Mounier en sus leyendas respectivas. Así incluso Lucien Guissard refiriéndose al Mounier de 1931: “Péguy no está muerto, está inacabado”⁸. Se hace de la filiación Péguy-Mounier, dependencia, y un desarrollo ya pre-escrito en Péguy: se tiende la trampa del ‘precursor’. Mientras, Mounier acude al nosotros, vigilante: “¡Es Péguy quien va abriendo camino por delante nuestro!”⁹

Los comentarios al texto de 1931 hechos por Domenach y Guy Coq van en esta dirección, a la vez biográfico y psico-sociológico. Ahora bien, releendo el texto de Mounier sobre Péguy teniendo presente lo dicho por Maritain, así como con los análisis recientes realizados por Jean-François Petit, podría proponerse una nueva lectura filosófica y teológica del texto de 1931, destacando su extraordinaria riqueza espiritual. Sin duda es repensando esta conexión espiritual con Péguy por lo que Mounier escribió en *El Personalismo*:

“Una persona alcanza su plena madurez cuando escoge aquellas lealtades que valen más que la vida misma”¹⁰.

Es en este sentido que Mounier es fiel a Péguy. No sugerimos que este encuentro con Péguy no nos remita a un determinado contexto histórico y político. Se trata de releer en 1931 a Péguy directamente, fuera de la manipulación a la que está sujeto por los ideólogos de la Acción Francesa, por ejemplo. Era necesario hacer justicia al Péguy filósofo y libertario.

Pero más allá de posturas y mayéuticas existenciales, el texto de 1931 fue impulsado por una filosofía y una teología de la Esperanza, a su vez atravesada por una filosofía de la Amistad, que a su vez se ve atravesada por una filosofía de la Hospitalidad, reducida, frecuentemente incluso, entre los mismos peguianos.

4 Citado en Lurol, G.: *Emmanuel Mounier. Éloge de la Personne*. T. I, Éditions Universitaires, Collection de Philosophie Européenne, 1990, p. 138.

5 En la edición de 1931, p. 81.

6 Nos referimos a los siguientes textos: *Revue de culture générale*, noviembre 1930 a febrero 1931; “Charles Péguy et les problèmes de l’enseignement”, en *La Vie intellectuelle*, enero 1931 (“Bibliographie de Charles Péguy”) y julio 1931 (“Dissonances ou quelques thèmes péguystes”). La intervención radiofónica se encuentra transcrita en “À Charles Péguy”, *Amitié Charles Péguy*, nº 49, 1990, pp. 59-61.

7 Citado y comentado por Guissard, L.: *Emmanuel Mounier*. Ed. Universitaires, Paris 1962.

8 Edición de 1931, p. 133.

9 *Ibid.*, p.131.

10 Mounier, E.: *Le Personalisme*. Ed. PUF, Paris 1951, p. 61.

Nuestra hipótesis es que durante sus lecturas de 1928-29 y con el plan seguido en 1931, Mounier se convierte en el anfitrión de Péguy, y esto de por vida.

2. Mounier, el anfitrión de Péguy

El texto de 1931, consta de cuatro partes:

- a. La democracia del pensamiento cerrado.
- b. La esclavitud del espíritu: el mundo acostumbrado.
- c. En el corazón de la miseria: la decadencia del mundo y la encarnación del espíritu.
- d. La salvación a través de la Esperanza y la Alegría.

En cada una de estas partes, Mounier señala las afiliaciones espirituales y filosóficas de Péguy (Bergson, Hugo, Corneille, Pascal, Sócrates) y de los héroes o santos (Dreyfus, Juana de Arco, Polyeucte y Jesús). Estos encuentros ayudan a Péguy a distinguir, en buen lenguaje bergsonianos:

- Lo 'haciéndose' y lo 'cerrado'.
- El acontecimiento y la costumbre.
- La memoria y la historia.
- La mística y la política.
- El dinero y la vida del espíritu.

Sin embargo, estas afiliaciones y distinciones sólo tienen sentido dentro de una progresión filosófica general. Mounier tiene, incluso, esta fórmula misteriosa: "cada una de nuestras vidas es un pequeño caso Dreyfus"¹¹.

Para comprender nuestra propia lectura del texto de 1931, tenemos que explicar muy brevemente la teoría peguiana de la Hospitalidad que aflora en el texto de Mounier y le dará unidad.

Péguy desarrolla su concepción de la Hospitalidad a lo largo de toda su obra. Se desmarca del 'mundo moderno', envilecido por el Dinero y el Poder, y que se está haciendo cada vez más inhóspito. Sin embargo, la amistad, la lectura de los clásicos, el trabajo de la escritura poética, la prueba del sufrimiento y la injusticia, la fe cristiana, son experiencias que Péguy (y Mounier con él) atraviesa para profundizar la experiencia de la Hospitalidad: aquel que recibe es recibido y el que es recibido, recibe.

Tres experiencias confirman esta reciprocidad liberadora de la Hospitalidad:

1. La lectura que Péguy define como "el acto común del lector y lo leído"¹². En el acto de leer, el libro

nos acoge en la medida que acogemos al libro.

2. El texto, el libro que deberíamos acoger como si fuera "un gran anfitrión en el umbral de una casa digna"¹³. El libro recibe en tanto nosotros lo recibimos.

3. Por último, el tema de la Salvación espiritual: aquel que nos salva a su vez debe ser salvado. Debido a que, cito a Péguy: "Aquel que es todo necesita de aquel que no es nada. [...] Aquel que todo lo puede, nada puede sin aquel que no puede nada"¹⁴.

Para Péguy, somos los Anfitriones de Cristo, que es recibido por nosotros y nos recibe a su vez: es el efecto de la Encarnación. Este tema de la Salvación, esta apoteosis de la Hospitalidad es retomada y desarrollada en detalle por Mounier en 1931 (pp.180 a 184):

"Es de la salvación eterna de lo que se ocupa: Cristo no es suficiente, él quería no ser suficiente para nosotros y así que su obra de redención fuera tomada, sostenida, por una cadena sin fin de nuevos santos. Constantemente debemos salvar, mantener, atacar".

La temática de la Hospitalidad destaca sobre la de la salvación espiritual, en el seno de una filosofía general de la Amistad que une a Mounier y Péguy, y da unidad al texto de 1931. Otros dos pasajes son dignos de mención:

"[Péguy] veía cualquier causa, y en especial la del espíritu, bajo el aspecto de una amistad más que bajo la de una paridad: dejó a su obra con las armas necesarias para defenderse sin él"¹⁵.

Y más adelante:

"Todas las cosas son distintas sin estar separadas, unidas sin confundirse, como el amigo con el amigo. El mundo de Péguy, una vez más, vive bajo el signo de la amistad. Pero la violencia que estamos haciendo a las cosas nos impide ver otras relaciones y otras distinciones, que son la organización misma del ser".

La Amistad es central porque es el lugar que exige una triple prueba asumida por Mounier y Péguy, y en la que la actualidad grita en nuestro mundo devenido inhóspito:

1. La Amistad que une y reúne lo que estaba disperso y separado por el Dinero, el Poder, el Orgullo.

2. La Amistad nos lleva a pasar del tener al ser, porque sitúa la relación con el otro bajo la bandera de la

11 Edición de 1931, p. 88.

12 Clío, Gallimard, p.18. Ver también la página 131 de nuestro libro *Hospitalité de Péguy*. Ed. DDB, Paris 2011,

13 OC III, p. 1152.

14 Citado en Coutel, Ch.: *Hospitalité de Péguy*, cit., p. 132.

15 Edición de 1931, p. 33.

gratuidad generosa. De hecho, decir “tengamos amigos” es otra cosa que decir “seamos amigos”. Se es amigo con toda su persona y todo su ser. Mounier consagra largos análisis a las relaciones entre tener y ser en *Esprit*, en abril de 1934 y en 1936, reuniendo los temas preferidos por Gabriel Marcel.

3. Por último, la Amistad, por su generosidad, requiere asumir los tres tipos posibles de la Hospitalidad juntos: La Hospitalidad bilateral (entre dos personas), la Hospitalidad multilateral (entre todas las personas) y la auto-Hospitalidad (misterioso proceso por el cual estoy tratando de ser... mi propio amigo). ¿Es la Persona ese anfitrión secreto, evocado por Mounier en 1934? ¿Fue revisitado Mounier por el daimon socrático?

Esta fenomenología de la amistad es la que unifica el texto de 1931 que lee y relee Mounier (y re-liga). Mounier habla de la “suma de un pensamiento” (p. 81). Le debemos a Kant en su obra ética y jurídica haber pensado juntas Amistad y Hospitalidad. La Hospitalidad, como actitud pre-jurídica, hace del otro, incluso si viene de lejos, a priori un amigo y una muestra de la esfericidad de la tierra. Sin embargo, la relación jurídica puede implicar desconfianza a la vista del otro. La amistad cumple la experiencia de una relación generosa, libre y abierta al prójimo. Queda algo de esto en el internacionalismo y el cosmopolitismo de *Esprit*.

El topos de la amistad mide cada filosofía con la vara de la Hospitalidad: Mounier, anfitrión de Péguy, es parte del gran linaje de los filósofos de la Amistad: Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, San Agustín, Montaigne. Toda gran filosofía es en este sentido resistencia a la falta de hospitalidad de este mundo. Nuestra forma de ser amigos nos juzga al mostrar cómo nos acogemos a nosotros mismos acogiendo a los otros, en la duración y la fidelidad.

Toda amistad es fiel a la eternidad que tiene frente a ella, como sugiere Mounier:

“El tiempo no es sólo imagen en movimiento, sino anfitrión responsable de la eternidad”¹⁶.

Entendemos por qué el texto de 1931 concluye con el tema de la salvación preparada por una filoso-

16 Ibid., p. 164.

♦ “La filosofía de la Hospitalidad da unidad al texto de Mounier, lector y anfitrión de Péguy, y se ensancha en una filosofía de la Esperanza que permite a todos convertirse en su propio anfitrión: acoger deviene acogerse como un Anfitrión: uno mismo como un Anfitrión. La Hospitalidad, uniéndonos a los otros por la experiencia de la mística (en su sentido peguiano), nos ayuda a ser fieles a nosotros mismos en un continuo ‘de auto-recuperación’ y en una fidelidad sin mácula”.

fía de la amistad, porque será unidos que podremos salvarnos. El “cuidado de la amistad”¹⁷ amplifica la figura recíproca de la Hospitalidad, haciéndola extensiva a todos los hombres. La amistad es la causa y el efecto de la Hospitalidad, siendo anterior al par dar-recibir. A través de todo lo que hace inhóspito al mundo moderno (la costumbre, el reinado del Dinero y el Poder, la regresión de la pobreza en miseria, la muerte, el orgullo), Mounier se abre a este “punto de desacostumbramiento” (p.191), por donde la gracia puede colarse y volver a entrar en la vida de las personas, dándonos Alegría y Esperanza. Se trata de no acostumbrarse al acontecimiento de la Encarnación. Este es probablemente el camino espiritual que tanto apreciaba Maritain, en el texto del 23 de marzo de 1930.

3. De la Hospitalidad a la Esperanza

La filosofía de la Hospitalidad da unidad al texto de Mounier, lector y Anfitrión de Péguy, y se ensancha en una filosofía de la Esperanza que permite a todos convertirse en su propio anfitrión: acoger deviene acogerse como un Anfitrión. La Hospitalidad, uniéndonos a los otros por la experiencia de la mística (en su sentido peguiano), nos ayuda a ser fieles a nosotros mismos en un continuo “de auto-recuperación”¹⁸ y en una fidelidad sin mácula.

La Esperanza transfigura la imagen habitual que tenemos de nosotros mismos luchando con uñas y dientes contra la desesperación y la rutina. ¿Será, por otra parte, el desaliento, como sugiere la Madre Teresa, “el último refugio de nuestro orgullo”? Nos parece que Mounier apunta a una definición de individuo como la persona que acepta ser su propio “huésped secreto”, en palabras de 1934. Para ello será necesario enriquecer aún más la contribución peguiana con la contribución esencial de Paul-Ludwig Landsberg: la persona es “una actividad produciendo perpetuamente un sentido en cooperación y lucha constantes con el destino interior”¹⁹. La persona conlleva una parte irreductible de alteridad. ¿Será por esto que

17 Fórmula de Mounier, en el prólogo al texto de 1931, VIII.

18 Ibid., p. 117.

19 *Pierres blanches*, Le Félin, 2007, p. 32.

aceptamos ser nuestro “huésped secreto”? La Esperanza es aquello por lo que todo puede recomenzar, el sentido de una vida, la autoestima, las relaciones con los otros, leyendo y releyendo un texto, la prueba de la escritura y la reescritura.

Percibimos mejor la actualidad viva y el interés espiritual de este texto de Mounier, a la vez síntesis histórico-filosófica, que a veces iniciática y mayéutica, nacimiento de una gremialidad espiritual con Péguy, del que Mounier no habla mucho más después de 1931, porque nunca lo dejó, nunca.

Péguy, en los Cuartetos, deja inacabada la estrofa con esta fórmula misteriosa: “La Paz de los Anfitriones”. Esta es la Paz que deseamos, siguiendo a Mounier, fiel lector de Péguy.

